

RAFAEL DE ZAYAS ENRIQUEZ.—La lucha en el bosque.....	43
MANUEL GUTIERREZ NAJERA.—A Salvador Diaz Mirón.....	48
JOSE MONROY.—Infidelidad.....	49
ANTONIO ZARAGOZA.—Rimas.....	50
JUAN DE D. PEZA.—Heroísmo me- xicano.....	51
FRANCISCO DE CASTRO.—Junto al río.	57
VICENTE DANIEL LLORENTE.—A.....	59
Homenaje.....	60
LUIS G. RUBIN.—Historia de amor..	62
LUIS G. ORTIZ.—Heberto	65
MANUEL CABALLERO.—Maximilia- no.....	74
MANUEL PUGA Y ACAL.—Las golon- drinas.....	75
EDUARDO L. GALLO.—En un album.	80
ANTONIO PLAZA.—Horas negras.....	81
JULIAN MONTIEL.—La primavera...	86
JOAQUIN ALCALDE Y RIVERA.—En- sueños.....	90
MANUEL ACUÑA.—A Josefina Perez.	94

RAFAEL B. ORTEGA
EDITOR.

EL PARNASO MEXICANO

JUAN DIAZ COVARRUBIAS.

Es propiedad del editor, quien la tiene asegurada confor-
me á la ley.

Distinguidos literatos que tienen la bondad de colaborar en esta publicación.

SEÑORAS.

Esther Tapia de Castellanos.—Laureana Wrigth de Kleinhans.—Laura Mendez de Cuenca.—Refugio Argumedo de Ortiz.—Refugio Barragán de Toscano.—Mateana Murguía, V. de Stein.—Dolores Correa Zapata.

SEÑORES.

Ignacio M. Altamirano.—Manuel Peredo.—Ignacio Montes de Oca.—Guillermo Prieto.—José M^a Vigil.—Luis G. Ortiz.—José T. de Cuellar.—Francisco Sosa.—José Peon y Contreras.—Julio Espinosa.—Antonio Cisneros Cámara.—José M^a Bandera.—Salvador Diaz Mirón.—Hilarión Frias y Soto.—Justo Sierra.—Manuel Gutierrez Nájera.—Agapito Silva.—Juan de Dios Peza.—Ramón Rodríguez Rivera.—José M^a Rodríguez y Cos.—Federico C. Jens.—Ovidio Zorrilla.—Manuel Gutierrez Zamora.—Emilio Fuentes y Betancurt.—Enrique de Olavarría y Ferrari.—Joaquin Trejo.—Javier Santa María.—Francisco Ortiz.—Juan A. Mateos.—Gustavo A. Baz.—Rafael de Zayas Enriquez.—Manuel M^a Romero.—Manuel Lizarriturri.—Miguel Portillo.—Rafael Lopez de Mendoza.—Enrique Gorrostieta.—Ricardo Cellard.—José M^a Ramirez.—Manuel de Olaguibel.—Francisco V. Lara.—Julio Zárate.—Manuel E. Rincón.—Juan de D. Villalón.—Eduardo del Valle.—Eduardo Noriega.—Enrique Ezequiel Perez.—Juan B. Garza.—Manuel J. Othon.—José Sebastian Segura.



J. Diaz Covarrubias

EL
PARNASO MEXICANO

JUAN DIAZ COVARRUBIAS

Su retrato, rasgos biográficos y poesías escogidas
de varios autores,
coleccionadas bajo la dirección del

General D. Vicente Riva Palacio

POR

FRANCISCO J. ARREDONDO

SEGUNDA SERIE

LIBRERIA LA ILUSTRACION.
12-PRIMERA DE SANTO DOMINGO-12

México 1.º de Mayo de 1886.

JUAN DIAZ COVARRUBIAS.

El malogrado poeta y novelista de quien vamos á tratar, nació en la ciudad de Jalapa el día 27 de Diciembre de 1837, hijo del Sr. D. José de Jesús Díaz, y de quien heredó las virtudes é inteligencia que prometían tantos días de gloria á la patria.

Era muy niño todavía cuando reveló su vocación por las letras y su consagración al estudio. A los nueve años de edad quedó huérfano y pobre, y tal vez habría permanecido ignorado, si en 1849 no hubiese trasladado á México su residencia la señora su madre. En ese año comenzó él sus estudios en el Colegio de San Juan de Letrán, plantel de inolvidable memoria en el que Díaz

Covarrubias hizo con grande aprovechamiento sus cursos preparatorios, acabados los cuales se dedicó á la carrera de la medicina. No impedían, sin embargo, los graves estudios de esa facultad, que Díaz Covarrubias cultivase, y con éxito grande, la bella literatura, distinguiéndose sus poesías por su carácter sentimental. La vida de Díaz Covarrubias durante sus cinco últimos años, fué triste, amarga, desconsoladora. Una pasión contrariada secó en flor sus más hermosas ilusiones, sus más dulces esperanzas y formó el carácter sombrío y melancólico que se descubre en todos sus escritos.

La muerte de su adorada madre contribuyó también, y muy poderosamente, á ahondar las heridas de su corazón y á hacer más intensa la tristeza de su alma: sin padres y sin amor, aquel joven apasionado, se consumía en medio de un mundo que no llenaba una sóla de las nobles aspiraciones que tenía. Si el cielo no hubiese puesto en sus manos la lira del poeta y en su cerebro la llama de la inspiración, acaso Díaz Covarrubias habría sido menos desgraciado; pero no habría sido entonces inmortal.

Quedábale aún el amor de la patria, y á ella consagró su existencia. Sus ideas le llevaron al cadalso. Liberal, generoso, abandonó un día su hogar para servir como practicante de medicina en el campamento de Tacubaya, baluarte en aquella vez del partido del progreso y de la reforma. La fortuna fué adversa á las armas de este partido, y el enemigo vencedor, sacrificó cruelmente á Díaz Covarrubias y á los demas jóvenes médicos que con él se encontraban. Este suceso lamentable tuvo lugar el día 11 de Abril de 1859. Díaz Covarrubias murió á los veintidos años de edad, fusilado por Márquez, jefe conservador de execrable memoria, que hoy vive en suelo extranjero y en él morirá seguramente, acosado, si existe eso que llaman conciencia, por el recuerdo de sus crímenes y atrocidades; por más que busque defensa en las órdenes de sus superiores.

A pesar de haber muerto muy joven, dejó publicadas sus obras, que despues han sido reimpresas con grande éxito. Forman un grueso volúmen con el título de "Obras completas de Juan Díaz Covarrubias," y contienen: "Impresio-

nes y sentimientos," "La clase media," "El diablo en México" y "Gil Gómez el insurgente," en prosa, y la colección de sus poesías. Acerca de esas obras ha dicho el Sr. Altamirano en sus "Revistas literarias" (México, 1868):

"El carácter literario del joven martir de Tacubaya, es bien conocido para que nos detengamos á analizarle. Aquella vaga tristeza, que no parecía sino el sentimiento agorero de su trágica y prematura muerte, aquella inquietud de una alma que no cabía en su estrecho límite humano, aquella sublevación instintiva contra una sociedad viciosa que al fin había de acabar por sacrificarle, aquella sibila de dolor que se agitaba en su espíritu, pronunciando quién sabe qué oráculos siniestros, aquella pasión ardiente y vigorosa que se desbordaba como lava encendida de su corazón: he aquí la poesía de Juan Díaz Covarrubias, he aquí sus novelas. Hay en su estilo y en la expresión de sus dolores precoces, grande analogía entre este joven y Fernando Orozco. Hay en sus infortunios quiméricos como un presentimiento de su horrible martirio, y por eso, lo que entonces parecía exage-

rado, lo que entonces parecía producción de una escuela enfermiza y loca, hoy nos parece justificado completamente.

"Juan Díaz, como Florencio del Castillo, amaba al pueblo, pues se sacrificó por él; tenía una bondad inmensa, un corazón de niño y una imaginación volcánica, y todo ésto se refleja en sus versos y en sus novelas, en cuya lectura cree uno ver á uno de esos proscritos de la sociedad, que arrastran penosamente una vida de miseria y de lágrimas, y no á un joven estudiante de porvenir, bien recibido en la sociedad y llevando una vida cómoda y agradable, como realmente era.

"En sus versos Díaz habla de sus desdichas como Gilbert, como Rodríguez Galván y como Abigail Lozano. En sus novelas es dolorido y triste, como un desterrado ó como un pária. El númen de la muerte le inspiraba, y todas estas quejas eran exhaladas con anticipación, para ir á morir repentinamente y en silencio, en el Gólgota de Tacubaya."

Hasta aquí el Sr. Altamirano con quien estamos en perfecto acuerdo en mucho de lo que dice sobre la índole de

los escritos de Díaz Covarrubias; pero no en aquello de que éste llevase una vida *cómoda y agradable*. Un joven huérfano y pobre, burlado por la mujer que amaba, no pudo haber llevado esa vida que le atribuye el escritor citado.

El nombre del poeta martir ha sido muy honrado en México: se han celebrado veladas literarias en memoria suya; se ha dado su nombre á una sociedad de jóvenes dedicados al cultivo de las bellas letras, y en toda ocasión oportuna se ha ensalzado la memoria del bardo jalapeño.

Además, sus obras han sido leídas en toda la República. ¡Ya sólo esto tiene gran significación en este país, en que son miradas con desdén las obras de sus hijos!

JUAN DIAZ COVARRUBIAS.

MI MADRE MUERTA.

FANTASIA.

¡Madre llorad! las nieblas de la vida
Me acercan ya la noche del dolor,
¡Madre llorad! vos, mi primer querida,
Mi última fe, mi inolvidable amor.

¡A donde se irán las almas
Cuando al partir de la tierra
Su inútil cuerpo se encierra
En el lúgubre panteón?
¡Son ensueños fabulosos
O espantosas realidades,
Esas terribles verdades
Que enseña la religión?

¡Ay! tal vez allá en la noche
Melancólica y sombría,
Cuando los ruidos del día
Se han ido extinguendo yá;

En tanto que los vivientes
 Duermen tranquilos ó lloran
 Y en sueño ó vela devoran
 Tiempo que no volverá.

Sus sepulturas dejando
 Los lívidos esqueletos,
 Vivos, alegres, inquietos
 Se reunan á conversar,
 Y allí serán las memorias
 De tiernísimos amores,
 Y de otros tiempos mejores
 Los recuerdos evocar.

Y allí tal vez burlaremos
 Las angustias que pasamos,
 Cuando llorando pensamos
 En el fatal porvenir.
 Y se reciba con mofa,
 Al espantado viajero,
 Que á ese recinto postrero
 Ha conducido el morir.

Que acaso la muerte sea,
 Esa muerte tan temida,
 El carnaval de la vida
 Que empieza en el ataúd.
 Carnaval vertiginoso
 Con sus alegres hermosas,
 Sus escenas borrascosas
 Y su loca juventud.

Y acaso también se encuentren
 Ayes, suspiros, ternezas,
 Y amarillentas bellezas
 De aqueste mundo al confín,
 Y como aquí nos conviden
 Con su pasión las mujeres,
 Con su olvido los placeres,
 Con sus brándis el festín.

No es posible que por siempre
 Separen de nuestro lado,
 Séres que hemos adorado
 En más venturoso ayer.
 Hermanos, amigos, madre,
 Que amamos con tanto anhelo
 Y que en este triste suelo
 Jamás hemos vuelto á ver.

¿Qué, podremos vivir sólo
 En aquella otra existencia
 Sin una dulce creencia
 De las que el alma llevó?
 ¿Podrá el carifioso amante
 Arrancar de su memoria
 Aquella sentida historia
 Que su existencia guardó?

¿Podré yo mirar tranquilo
 En indiferente calma,
 A la madre de mi alma,
 Vida y luz del corazón?

¿Podré tal vez confundirla
Entre los otros difuntos
Que descarnados y juntos
Habitan el panteón?

¿No me ahogarán los sollozos
Al verla en aquel paraje
Después de tan largo viaje
Término de nuestro hoy?
¿Y no sentiré mi pecho
Estallar en mil pedazos
Al decir entre sus brazos,
Madre, madre..... tu hijo soy?

Y después uno por uno,
Vendrán hermanos, amantes,
Y como vivieron antes
A mi lado vivirán.
Y en aquella vida eterna
Donde nos reunió la muerte,
En dulce y amiga suerte
De mí no se apartarán.

¿Madre! en la muerte confío
Que amorosa nos reuna,
La noche de mi fortuna,
Con esa idea alumbraré.
¿Madre! ¿Madre!....¿hasta otra vista!
Si de tí me arrebataron,
Vida inútil me dejaron;
Pronto tal vez te veré.

.....

Silencio, corazón, la muerte llega,
Tu plegaria levanta y no blasfemes,
Que si la luz de tu Creador te ciega,
No en las cenizas de tu error te quemes.

Silencio, corazón.....la vida es corta,
Si la llevas maldita y desolada,
Poco existencia tan tediosa importa;
Mi madre espera al fin de la jornada.

Ella murió, pero quedó en mi mente
Grabada, eterna, única, indivisa;
La miro en cada pliegue del ambiente,
Y la escucho en la voz de cada brisa.

¿Lumbre del corazón que te apagaste,
Fe de dos vidas que en mí fe moriste!
Lumbre tú, las cenizas me dejaste,
Y tú fe, los recuerdos me ofreciste.

¿Era mi madre, tan amante y bella!
¿Lástima de mujer que quise tanto!
¿Qué palpar del corazón por ella!
¿Y qué mezclar su llanto con mi llanto!

¿Ay madre adorada! ¡ay alma mía!
¿En qué región desconocida moras?
¿Te acarician sonrisas de alegría
O acaso triste y sin consuelo lloras?

No me alcanza, mi bien, para llorarte
Lo que al sepulcro va desde la cuna,
Y bien quisiera en existencia darte,
Cuanto en muerte me ha dado la fortuna.

Todos al mundo á padecer venimos
Y al comenzar el viaje nos juntamos;
Más no bien el efecto comprendimos,
La eternidad nos quita lo que amamos.

¡Tumba es la tierra y fábula la vida!
¡Me carcomen tormentos roedores!
Con su ruido la gloria me convida
Para cubrir la voz de mis dolores.

Yo entre ese ruido mi afixión sepulto,
Que ahogar mis pesadumbres necesito,
Y la amargura de mi vida insulto
Con los cantos de mi arpa de proscrito.

Vertiginoso afán que me arrebatara,
Y yo en mi mal y por mi mal lo sigo;
Espada de dos filos que me mata
Y que muy pronto acabará conmigo.

¡Sarcasmo horrible para mi ánsia loca!
¡Digno castigo á mi ambición insana!
Olvido en vez de una memoria toca,
Ni habrá quien lllore en mi panteón mañana.

A UNA MENDIGA.

A MI AMIGO LUIS G. ORTIZ.

Vén desdichada, vén, sufre á mi lado,
Unamos nuestras quejas en el mundo,
Los dos sentimos desamor profundo,
Los dos lloremos á la par también.....
Reclina tu cabeza aquí en mi pecho:
¡Como á tí le agitaron las pasiones!
Y llora tus pérdidas ilusiones,
Las flores ¡ay! de tu marchito Edén.

¡Sombra de una hermosura de otros días!
Que sin piedad ajara el desencanto,
Vierte, mujer, tu lastimero llanto,
Aquí, lejos de ingrata sociedad.
No temas que te engañe, ¡desgraciada!
Puedes tu mal comunicar conmigo,
Que yo soy ¡infeliz! el sólo amigo
Que te queda en tan mísera horfandad.

¡No me mires así con esa angustia!
 Ni inclines suspirando la cabeza!
 Porque al mirar tan fúnebre tristeza
 Me siento con mis ánsias sofocar.
 Los suspiros, mujer, jamás alcanzan
 A disipar nuestro afanoso duelo,
 Procura á tu pesar mejor consuelo,
 Que también un consuelo hay en llorar.

No vayas á turbar con tus quejidos
 Las miradas de amor y los placeres,
 De esas tan bellas, púdicas mujeres,
 Que ves cruzar en incesante afán.
 No vayas, porque el mundo quiere risas,
 Ocúltale, infeliz, tu impura frente,
 Y duérmete en mi pecho blandamente....
 Que para hoy, mendiga, tienes pan.

Vano es alimentar una esperanza
 Que al fin has de mirar desvanecida,
 En esa inmensa orgía que llaman vida;
 Toda ventura para tí acabó.....
 ¡Cuánto debes sufrir con los recuerdos
 De otros instantes de inefable gloria,
 Que han pasado dejando en tu memoria
 Una huella que el tiempo no borró!

¡Oh! que amarga irrisión es esa sombra
 De una dulce ventura que no existe,
 Tristísima ansiedad, triste, muy triste,
 Que viene á ajar nuestro gastado sér!

No debieran dejarnos los recuerdos,
 Que bastante martirio hay en la tierra,
 Y bastante aflixión el alma encierra
 Para evocar imágenes de ayer!

Vuelven con ellos, sombras de otros días,
 Suspiros, esperanzas, devaneos,
 Sonrisas, ilusiones y deseos,
 Confidencias de amante juventud.
 Y tórnanos á oír la voz querida
 De aquella tierna madre que perdimos,
 Blandas caricias otra vez sentimos
 De una mujer que esconde el ataúd.

¡Lejos! ¡lejos de mí, tristes memorias!
 Pasad en alas del callado viento,
 No aumenteis el amargo desaliento
 De una alma que ha cansado la aflixión.
 ¡Para qué recordar horas serenas
 Que en la noche del tiempo se han perdido
 Y á otras horas de luto han precedido
 Un vástago dejando al corazón?.....

Tú, eras pura también, también dichosa,
 Y en dulces ilusiones adormida,
 Mirabas resbalar tu pura vida;
 Nunca la hiel tu corazón probó.....
 ¡Un tiempo fué no más! pasó ligero
 Derramando la duda en tu existencia,
 Que al marchitar la flor de tu inocencia,
 El pérfido que amabas te engañó.

¡Qué te restaba ya sobre la tierra!
 Los que un tiempo te amaron, te infamaron,
 Los hombres tu pureza mancillaron,
 Dejándote la afrenta en que te vés.
 ¡Maldición! ¡maldición! al que en el mundo
 Trafica por gozar vanos placeres,
 Con el lánguido amor de las mujeres,
 Para dejarlas la orfandad después.

Yo no te infamo, no, porque he sufrido;
 Muy doliente es también mi amarga historia,
 Me ha devorado la ambición de gloria,
 Mucho tiempo corrí tras un laurel.
 He adorado también sin esperanza
 Y destrozaron sin piedad mi seno;
 Llevo en el alma torcedor veneno
 Y apuro hasta las heces de la hiel.

.....

Mendiga, por piedad, basta de lloro,
 Ya no pueden mis ojos derramarlo,
 Mucho tiempo gocé con arrojarlo
 Y está seca la fuente del llorar.
 Misterio es del vivir, ¡Dios lo ha querido!
 Vano es luchar con tan amarga suerte,
 Aquí esperemos la anhelada muerte
 Sin volvernos jamás á separar.

FLOR DE UNA TUMBA.

—

A MIS AMIGOS TOVAR Y GRANADOS
 MALDONADO.

Tendió la noche su velo,
 Reina un silencio profundo,
 Ven, flor, nuestro amargo duelo,
 Nuestro triste desconsuelo,
 Lloremos lejos del mundo.

Que si á tí te hizo el destino
 Sobre una tumba nacer,
 Yo del mundo en el camino,
 Fuí llorando peregrino
 El amor de una mujer.